

oscura aún, pero más rica y poderosa cada siglo, que, fundada por la aristocracia sajona abatida, y sostenida por el carácter sajón subsistente, ha acabado por establecer y consolidar una constitución libre y una nación digna de la libertad, bajo la dirección de la pequeña nobleza normanda y bajo el patronato de la gran nobleza normanda.

kine. He was able, and did find the king a harness, with himself and his horse, while he came to the place that he should receive the king's wages. I can remember that I buckled his harness when he went to Blackheath field. He kept me to school, or else I had not been able to have preached before the king's majesty now. He married my sisters with p. s. 5 or 20 nobles a-piece, so that he brought them up in godliness and fear of God. He kept hospitality for his poor neighbours. And some alms he gave to the poor, and all this did he of the said farm. Where he that now hath it, payeth p. s. 16 by the year, or more, an is not able to do any thing for his prince, for himself, not for his children, or give a cup of drink to the poor.

»In my time my poor father was as diligent to teach me to shoot, as to learn me any other thing, and so I think other men did their children: he taught me how to draw, how to lay my body in my bow, and not to draw with strength of arms as divers other nation do, but with strength of the body. I had my bows bought me according to my age and strength; as I increased in them, so my bows were made bigger and bigger, for men shall never shoot wel, except they be brought up in it: it is a worthy game, a wholesome kind of exercise, and much commended in physie.»

X

Hombres, como estos, dotados de un carácter serio, de un espíritu decidido y de hábitos independientes, se ocupan de su conciencia, como de sus negocios, y acaban por poner la mano en la Iglesia, lo mismo que en el Estado. Ya ha tiempo que las exacciones de la curia romana han provocado las reclamaciones públicas (1), y que es impopular el alto clero; los nacionales se quejan de que el Papa entregue los mayores beneficios á extranjeros no residentes; de que tal italiano desconocido en Inglaterra posea por sí solo en Inglaterra de cincuenta á sesenta beneficios; de que el dinero inglés corra á raudales hacia Roma, y que los clérigos, no siendo juzgados ya más que por los clérigos, se entreguen á sus vicios y abusen de la impunidad. En los primeros años de Enrique III se contaban cerca de cien homicidios cometidos por sacerdotes que vivían aún. A principios del siglo XIV, la renta eclesiástica era doce veces mayor que la civil. La mitad del suelo próximamente estaba en manos del clero. A fines del siglo declaran los Comunes que los tributos pagados á la Iglesia son cinco veces mayores que los pagados á la corona; y algunos años después (2), con-

(1) *Pictorial History*, I, 802. En 1245, 1246, 1376. A. Thierry, III, 79.

(2) 1404-1409. Los Comunes declaraban que con esas rentas el rey podría sostener 15 condes, 1.500 caballeros, 6.200 escude-

siderando que los bienes del clero no le sirven más que para vivir en la ociosidad y en el lujo, proponen su confiscación en beneficio del público. Ya se había abierto camino la idea de la Reforma. Recuérdese que, en las baladas, el héroe popular, Robin Hood, manda á su gente que respete á los *yeomen*, á los que trabajan, hasta á los caballeros, si son «buenas personas», pero que jamás hagan merced á los abades, ni á los obispos. Los prelados pesan gravemente sobre el pueblo con sus derechos, sus tribunales y sus diezmos; y de repente, entre las charlas agradables ó las divagaciones monótonas de los poetastros normandos, se oye tronar contra ellos la voz indignada de un sajón, de un hombre del pueblo y de un oprimido.

Tal es la visión de *Piers Plowman*, un labriego (1), escrita, según se dice, por un clérigo ó sacerdote secular de Cleobury-Mortimer, cerca de Ludlow. En ella son visibles sin duda las huellas del gusto francés; no podía suceder de otra suerte: la gente de abajo no puede eximirse nunca en absoluto de imitar á la gente de arriba; los poetas más verdaderamente populares, Burns y Béranger, conservan con harta frecuencia el estilo académico. Aquí, del propio modo, se echa mano del artificio de moda, de la alegoría del poema de la *Rosa*: salen á relucir Beneficio, Corrupción, Avaricia, Simonía, Conciencia, y todo un pueblo de abstracciones corporalizadas. Pero á despecho de esos vanos fantasmas exóticos, el cuerpo del poema es nacio-

ros y 100 hospitales, recibiendo cada conde 300 marcos al año, cada caballero 100 marcos y el producto de cuatro huebras; cada escudero 40 marcos y el producto de dos huebras.—*Pictorial history*, II, pág. 142.

(1) Hacia 1362. Hizo una revisión de su poema en 1376-77, y le refundió por última vez hacia 1391.

nal y vivo. Reaparece en parte la antigua lengua, y reaparece del todo el antiguo metro; nada de rimas, sino aliteraciones bárbaras; nada de chanzas, sino una gravedad rígida, una invectiva sostenida, una imaginación grandiosa y sombría, pesados textos latinos asestados como por mano de protestante. El autor ha dormido en las alturas de Malverne, y ha tenido un sueño maravilloso. Sueña «que estaba en un desierto, no pudo saber jamás en dónde; y como mirase al Oriente, hacia la parte del sol, vió sobre una altura una torre soberbiamente edificada, debajo un profundo valle, y allá dentro un torreón, con profundos fosos negros y de un aspecto terrible». Luego, entre una y otro, una gran llanura llena de gente, «de hombres de todas clases, pobres y ricos, trabajando y agitándose, como el mundo quiere; algunos, con el arado, no se daban paz ni reposo á labrar y sembrar, y pasaban duras penalidades, ganando lo que engullían y consumían los pródigos (1)». Lúgubre pintura del mundo, semejante á los sueños formidables, tan frecuentes en Alberto Durero y en Lutero; los primeros reformadores se figuran que la tierra se halla entregada al mal, que en ella tiene el diablo su imperio y sus ministros, que el Anticristo, sentado en el trono de Roma, ostenta las pompas eclesiásticas para seducir á las almas y precipitarlas en el fuego del infierno. Aquí, de igual modo, el Anticristo entra en un convento con la bandera desplegada; los frailes van en procesión solemne á recibir y felicitar á su padre y señor. Sitia á Conciencia, con siete gigantazos, los siete Pecados capitales; y el asalto es dirigido por Pereza, que lleva consigo un ejército de más de mil Prelados. Porque lo que

(1) Ed. Skeat, Oxford, 1886; texto A, prólogo, pág. 3.

impera son los vicios, tanto más odiosos, cuanto que residen en los lugares sagrados y ponen al servicio del demonio á la Iglesia de Dios. «Ahora la religión es un apuesto jinete, un azota-calles, un mangonero de fiestas, un comprador de tierras, que espolea á su palafrén, de hacienda en hacienda, seguido de una jauría, como un señor», y se hace servir de rodillas por criados (1). Pero esa farsa sacrilega no es eterna, y Dios sienta la mano á los hombres por vía de aviso. Naturalmente, por orden de Conciencia, envía de lo alto el escuadrón de los azotes y las enfermedades, «fiebres y fluxiones, toses y náuseas, calambres y dolores de muelas, reumas y sarampiones, tifias y sarnas de la cabeza, inflamaciones y tumores é hinchazones abrasadoras, frenesí y enfermedades innobles». Se oyen gritos: «¡Socorro! ¡Ahí está la terrible muerte que viene á destruirnos á todos!» Y llegan las podres, las pústulas, las pestes, los dolores agudos: acude la Muerte, «reduciéndolo todo á polvo, reyes y caballeros, emperadores y papas. Más de una graciosa dama, y señora de caballeros, se desmayó y murió doliente entre los dientes de la Muerte (2)». He ahí cúmulos de miserias, semejantes á los que exhibe Milton en su visión de la vida humana (3); he ahí las trágicas pinturas y los sentimientos en que se complacerán los reformadores; discurso hay de Knox á las damas de la corte de María Estuardo, que también arranca brutalmente el adorno del cadáver humano para patentizar su igno-

(1) Texto B, *passus* x, verso 305.

El archidiácono de Richmond, girando visita en 1216, fué al priorato de Bridlington con noventa y siete caballos, veintifin perros y tres halcones.

(2) Texto C, *passus* xxiii, verso 80.

(3) Último libro. *The Lazar House*.

minia. Ya aparece la concepción del mundo propia de los pueblos del Norte, concepción triste y moral. No se vive tranquila y sosegadamente en esos países; hay que luchar á todas horas contra el frío y contra la lluvia. Allí no es posible tumbarse indolentemente bañados de luz, en medio de una atmósfera templada y despejada, con los ojos embebidos en las nobles formas y en la risueña serenidad del paisaje. Allí hay que trabajar para vivir; hay que ser diligente y puntual; hay que patullar animosamente por lodazales, detras del arado; hay que encender la luz de la tienda en pleno día: las penalidades que el clima impone al hombre y las resistencias que le exige son infinitas. De ahí la melancolía y la idea del deber.

El hombre piensa, naturalmente, en la vida como en el combate; piensa más á menudo aún en la negra muerte que cierra esa parada sangrienta sumiendo tantas cabalgatas rozagantes y tumultuosas en el silencio y la eternidad del ataúd. Todo este mundo visible es vano; lo único verdadero es la virtud del hombre, la energía animosa con que se domina á sí mismo, y la energía generosa con que se consagra al servicio de los demás. En ese fondo se fijan los ojos, traspasando la decoración mundana y despreciando el goce sensible para llegar hasta ahí. A favor de ese movimiento interno, cambia el modelo ideal, y se ve surgir una nueva fuente de acción: la idea de lo justo. Lo que los subleva contra la pompa y la insolencia eclesiástica no es ni la envidia del plebeyo pobre, ni la cólera del hombre explotado, ni la sed revolucionaria de aplicar la verdad abstracta, sino la conciencia; tiemblan ante el pensamiento de no salvarse, si permanecen en el seno de una iglesia corrompida; temen las amenazas de Dios, y no se atreven á embarcarse

para el gran viaje con guías dudosos. «¿Qué es la justicia, y cómo la tendré?» se preguntaba ansiosamente Lutero. Con las mismas inquietudes parte Piers Plowman en busca de Bien-Obrar, y pide á todos que le indiquen dónde podrá encontrarle. «Entre nosotros», le dicen dos monjes. «No, contesta, puesto que el justo peca siete veces al día, vosotros pecáis, y así la verdadera justicia no está entre vosotros.» Recurre al «estudio y á la Escritura», como Lutero; los clérigos hablan muy fácilmente, en la mesa, de Dios y de la Trinidad, «citando á San Bernardo, con muchos argumentos pomposos, cuando los ministriles terminan su música; pero entre tanto los pobres pueden llorar á la puerta y temblar de frío sin que nadie los alivie». Al contrario, se les grita como á perros, y se los echa. «Todos esos grandes señores tienen á Dios en la boca; los pobres son los que le tienen en el corazón (1)», y el corazón, la fe interior, la virtud viva es lo que constituye la religión verdadera. He ahí lo que han empezado á descubrir los rudos sajones; se ha despertado la conciencia germánica, y también el sano sentido inglés, la energía personal, la resolución de juzgar y decidir cada cual por su propia cuenta.

«Cristo es nuestra cabeza; no tenemos otra cabeza» dice un poema anónimo de la misma época, y que reivindica, con otros, la independencia para las conciencias cristianas (2). «Nosotros también somos sus miembros. Nos ha dicho á todos que le llamemos nuestro Padre. Nos ha prohibido usar ese nombre de maestro; todos los maestros son falsos y malos.» Nada de

(1) Este poema se imprimió más tarde, en 1550. Se hicieron tres ediciones en un año: tan visiblemente protestante era.

(2) Véase *Piers Plowman's crede*, *The Plowman's tale*, etc.

intermediarios entre el hombre y Dios; por más que los doctores reivindiquen la autoridad para sus palabras, hay una más autorizada: la de Dios. Esa gran palabra se oye desde el siglo XIV; ha abandonado las escuelas doctas, las lenguas muertas, los empolvados estantes en que la dejaban dormir los clérigos, cubierta por el hacinamiento de los comentaristas y de los Padres (1). Ha aparecido Wycleff, y la ha traducido como Lutero y en el mismo espíritu que Lutero. «Todos los cristianos, hombres y mujeres (2), viejos y jóvenes—dice en su prefacio—deben estudiar mucho el Nuevo Testamento, porque tiene plena autoridad, y está abierto al entendimiento de la gente sencilla en los puntos que son más necesarios para la salvación.» Es menester que la religión sea secular, que salga de las manos del clero que la acapara; cada uno debe escuchar y leer por sí mismo la palabra de Dios; así estará seguro de que no se ha corrompido en el camino; la oirá mejor; mucho más: la entenderá mejor; «porque todos los pasajes de la Santa Escritura, los claros como los oscuros, enseñan la dulzura y la caridad. Por eso el que practique la dulzura y la caridad tiene la verdadera inteligencia y toda la perfección de la Sagrada Escritura... Así, que ningún hombre de espíritu sencillo se asuste de estudiar el texto de la

(1) Knighton, hacia 1400, escribe lo siguiente sobre Wycleff: «Transtulit de Latino in anglicam linguam, non angelicam. Unde per ipsum fit vulgare, et magis apertum laicis et mulieribus legere scientibus quam solet esse clericis admodum litteratis, et bene intelligentibus. Et sic evangelica margarita spargitur et a porcis conculcatur... (ita) ut laicis commune aeternum quod ante fuerat clericis et ecclesiae doctoribus talentum supernum.»

(2) *Wycleff's Bible*, ed. de Forshall and Madden, prefacio, ed. de Oxford.

Sagrada Escritura... Y que ningún clérigo se alabe de poseer la verdadera inteligencia de la Escritura, porque la verdadera inteligencia de la Escritura sin la caridad no sirve sino para condenarse más completamente... Y el orgullo y la concupiscencia de los clérigos son causas de su ceguera y de su herejía, y los privan de la verdadera inteligencia de la Escritura». Tales son las temibles palabras que empiezan á circular en las tiendas y en las escuelas; se lee y comenta esa Biblia traducida, y se juzga, según ella, á la Iglesia presente. Qué juicio formarían aquellos espíritus serios y sinceros, con qué prontitud se elevarían hasta la verdadera religión de su raza, cosa es que puede verse en su petición al Parlamento (1): Ciento treinta años antes de Lutero decían que Cristo no había instituido el Papa; que las peregrinaciones y el culto de las imágenes lindaban con la idolatría; que los ritos exteriores carecen de importancia; que los sacerdotes no deben poseer bienes temporales; que la doctrina de la transubstanciación hace al pueblo idólatra; que los sacerdotes no tienen el poder de absolver los pecados. En prueba de todo eso aducían textos de la Escritura. Figuraos aquellos espíritus valerosos, aquellas almas viriles y sencillas, que empiezan á leer por la noche en su tienda, á la luz de una mala vela; porque de gente de tienda se trata—de sastres, de peleteros, de panaderos:—esos son los que, en compañía de algunos hombres de letras, empiezan á leer; más aún: á creer y dejarse quemar (2). ¡Qué espectáculo en el siglo XV, y qué esperanza! Parece que con la libertad de acción va á surgir la libertad del espíritu; que

(1) 1395.

(2) 1401. William Sawtre, primer lolardo quemado vivo.

aquellas clases humildes van á pensar y hablar; que, bajo la literatura oficial, imitada de Francia, va á surgir una nueva literatura, y que al fin va á tener voz Inglaterra, la verdadera Inglaterra, medio muda desde la época de la conquista.

No la tiene. El rey y los pares se unen á la Iglesia; establecen estatutos terribles; destruyen los libros; queman vivos á los herejes, y á menudo con refinamientos: al uno dentro de un tonel, al otro colgado por medio del cuerpo de una cadena de hierro. Se atentaba al poder temporal del clero, se atentaba con él á toda la constitución inglesa, y el gran edificio de arriba aplastó con todo su peso á los demolidores de abajo. Oscuramente, en silencio, mientras los grandes se degüellan en las guerras de las Dos Rosas, el pueblo sigue trabajando y viviendo, desprendiéndose de la Iglesia oficial, conservando sus libertades y acrecentando su riqueza(1), pero sin ir más adelante. Como enorme roca que constituye el fondo del suelo, y sin embargo, no aflora más que por tal cual punto, él apenas aparece. Ninguna gran obra poética ni religiosa le saca á luz. Cantó; pero sus baladas, olvidadas primero y transformadas después, no llegan á nosotros más que en redacciones posteriores. Oró; pero, salvo uno ó dos poemas de escaso valer, su doctrina incom-

(1) *Commynes*, lib. v, capítulos XIX y XX.

«En mi sentir, de todos los señoríos del mundo que yo conozco, aquel en que es mejor tratada la cosa pública y en que reina menos violencia sobre el pueblo, y donde no se ven edificios derribados ni demolidos por la guerra, y donde la desgracia cae sobre los que hacen la guerra, es Inglaterra... El reino de Inglaterra disfruta, sobre todos los otros, de este favor: que no se destruye el pueblo ni el país, que no se queman ni demuelen los edificios, y que el destino pesa sobre la gente de guerra, y en particular sobre los nobles.»

pleta y reprimida no llegó á desenvolverse. Por el canto, el acento y el sello de sus baladas (1), se ve bien que son capaces de la más bella invención poética; pero su poesía permanece en manos de los *yeomen* y de los arpistas. Por la precocidad y la energía de sus reclamaciones religiosas, se comprende bien que son capaces de las creencias más apasionadas y severas; pero su fe permanece sepultada en las trastiendas de algunos sectarios oscuros. Ni su fe ni su poesía pudieron llegar á su término y complemento. El Renacimiento y la Reforma, que son las dos explosiones nacionales, se hallan lejos aún, y la literatura del tiempo va á conservar hasta el fin, como la alta sociedad inglesa, la impresión casi pura de su origen francés y de sus modelos extranjeros.

(1) Véase las baladas sobre *Chevy Chase*, *The Nut Brown maid*, etc. Muchas de ellas son dramitas admirables.

CAPITULO III

LA NUEVA LENGUA

- I. Chaucer.—Su educación.—Su vida política y mundana.—Cómo sirvió esa vida á su talento.—Es el pintor de la segunda sociedad feudal.
- II. Cómo degeneró la Edad Media.—Diminución de la seriedad en las costumbres, en los escritos y en las obras de arte.—Necesidad de excitación.—Situaciones análogas de la arquitectura y de la literatura.
- III á V. En qué pertenece Chaucer á la Edad Media.—Poemas novelescos y decorativos.—El *Poema de la Rosa*.—*Troilo y Criseida*.—*Cuentos de Cantorbery*.—Desfile de descripciones y de acontecimientos.—*La Casa de la Fama*.—Visiones y sueños fantásticos.—Poema de amor.—*Troilo y Criseida*.—Desarrollo exagerado del amor en la Edad Media.—Por qué había tomado esa senda el espíritu.—El amor místico.—*La Flor y la hoja*.—El amor sensual.—*Troilo y Criseida*.
- VI. En qué es francés Chaucer.—Poemas satíricos y burlescos.—*Cuentos de Cantorbery*.—La mujer de Bath y el matrimonio.—El fraile mendicante y la religión.—La chocarrería, la bellaquería y la grosería de la Edad Media.
- VII. En qué es Chaucer inglés y original.—Concepción del carácter y del individuo.—Van Eyck y Chaucer son contemporáneos.—*Prólogo de los cuentos de Cantorbery*.—Retratos del *franklin*, del monje, del molinero, de la burguesa, del caballero, del escudero, de la abadesa, del buen cura.—Conexión de los sucesos y de los caracteres.—Concepción del conjunto. Importancia de esa concepción.—Chaucer precursor del Renacimiento.—Se detiene en el camino.—Su pesadez y sus pue-